

El Peso de los Planos

La figura que se adivinaba tras el cristal esmerilado de la puerta, esa distorsión fantasmal que siempre me había parecido una metáfora de las verdades a medias de este pueblo, era inconfundiblemente la de Bob. Abrí. Su presencia en mi umbral, a esas horas, con la noche ya asentada y las farolas tiñendo la calle de un naranja enfermizo, era una anomalía en sí misma, una ruptura en la precaria rutina que intentaba mantener. Pero fue su rostro lo que me heló la sangre, más que la sorpresa de su llegada. Allí estaba, de pie, con una expresión que nunca le había visto. Había una mezcla de miedo, sí, un miedo profundo que le oscurecía los ojos y le tensaba la mandíbula, pero también una extraña resolución, una gravedad que lo hacía parecer mayor, como si hubiera envejecido varios años en las últimas veinticuatro horas. En sus manos sostenía un tubo de cartón, de los que se usan para guardar planos, y lo aferraba con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos, como si temiera que se desintegrara o que alguien se lo arrebatara.

Mi mente, ya de por sí un hervidero de conjeturas desde mi conversación con Terry, se aceleró. Recordé sus palabras, casi proféticas: "eso sugiere que habéis tocado algo sensible, algo que ha activado una vigilancia más específica". La figura que había visto la noche anterior bajo la

farola, esa silueta que se giró hacia mi ventana con una parsimonia inquietante , y la conversación que habíamos oído en el sótano de Bob, con mi madre y su amiga hablando de "luces en el sótano de Robert hasta bien tarde" , todo cobraba ahora una nueva dimensión, más ominosa, más directa. Ya no éramos simples curiosos; éramos una interferencia en algún sistema que no comprendíamos.

—Kurt —dijo Bob, su voz apenas un susurro ronco, casi inaudible, cargado de una urgencia que me erizó el vello de los brazos—. Tenemos que hablar. He encontrado algo. Algo... algo sobre el sótano. Sobre mi padre. Algo que lo cambia todo.

El peso de esas últimas palabras pareció llenar el pequeño recibidor. Me aparté instintivamente para dejarlo pasar, mi propio corazón latiendo un compás desbocado contra mis costillas. Lo conduje escaleras arriba, hacia la relativa seguridad de mi habitación, aunque la palabra "seguridad" se sentía cada vez más como una ilusión en este pueblo. Melvin no estaba, probablemente ya inmerso en una de sus escapadas nocturnas, buscando su propia forma de libertad lejos de la opresiva atmósfera familiar y vecinal. Mi abuelo estaría, como de costumbre, perdido en algún western polvoriento o sumido en sus propios y silenciosos duelos. La casa, al menos por ahora, nos ofrecía un precario santuario.

Una vez en mi cuarto, con la puerta cerrada y la única luz proveniente de la lámpara de mi escritorio, Bob depositó con sumo cuidado el tubo de cartón sobre la superficie de madera. Sus manos temblaban ligeramente al desenrollar los papeles antiguos, amarillentos por el tiempo, que crujían

como hojas secas. Eran planos, sin duda, pero no como los que habíamos visto antes, los de la reforma de su padre. Estos eran más viejos, con un aire de secreto ancestral. Provenían, según me explicó con voz entrecortada, de una caja olvidada en el cobertizo de su jardín, etiquetada casi ilegiblemente como "PLANOS CASA PRE-REFORMA".

Extendió uno de ellos, el que correspondía a la planta del sótano. La distribución era radicalmente diferente a la que conocíamos. Y entonces, con un dedo que seguía temblando, señaló una anotación minúscula, casi invisible, hecha con un lápiz de grafito tan fino que parecía un susurro sobre el papel: "Antiguo acceso mampostería. ¿Revisar cota X?". La "X", me dijo Bob, era un borrón indescifrable.

Su deducción, expuesta con una mezcla de horror y una lógica implacable que me sorprendió, fue como un golpe directo. El pasadizo, la trampa, los engranajes... no eran obra de su padre. Robert, el arquitecto meticuloso, el hombre que había transformado su casa con una visión moderna, no lo había construido. Lo había encontrado. Había descubierto ese "antiguo acceso" durante la profunda remodelación del sótano, esa que según él "requirió una planificación estructural compleja, sobre todo para asegurar los cimientos al ampliarlo hacia el jardín y ganar esa profundidad extra". Y después, deliberadamente, lo había borrado de los nuevos planos, lo había ocultado al mundo, a su propia familia. Las palabras de su padre, que Bob me repitió ahora con un nuevo y amargo entendimiento -"siempre hay que dejar margen para lo imprevisto... o para futuras necesidades" -, resonaban con un eco siniestro, como una confesión codificada.

La revelación de Bob cayó sobre mí con el peso de una losa. Mi mente, ya predispuesta por las teorías de Terry, comenzó a trazar conexiones a una velocidad vertiginosa. El "antiguo acceso mampostería" no era una simple anomalía; era una puerta a la historia oculta de este pueblo, a esos "pliegues en el tejido de la realidad" de los que hablaba Terry. Los engranajes, ese "sonido de elaboración, de mecanismo complejo... antiguo quizás, pero funcional" , ahora cobraban un sentido aún más profundo. No eran una adición moderna de Robert para controlar un escondite personal, sino parte integral de ese acceso primordial.

—Terry tenía razón —murmuré, más para mí que para Bob, mientras mis ojos recorrían las líneas del viejo plano—. Dijo que este pueblo podría tener una historia mucho más antigua y extraña de lo que imaginamos, una historia que la "reconstrucción" intentó sepultar o controlar. Esto... esto es la prueba.

Las implicaciones eran abrumadoras. Si el padre de Bob, un pilar de la comunidad, un hombre conocido por su profesionalidad y su aparente normalidad , estaba involucrado en una ocultación de esta magnitud, ¿qué no se escondería bajo la superficie de todo el pueblo? Mi paranoia, esa que a veces intentaba acallar por considerarla una simple extensión de la atmósfera opresiva de mi propia familia , se sentía ahora plenamente justificada. La vigilancia de la señora Cole , la figura bajo la farola , las voces de mi madre y su amiga ...

todo parecía converger hacia este secreto, como si fuéramos polillas atraídas por una llama peligrosa.

Bob, por su parte, estaba visiblemente afectado. El shock de la traición de su padre, o al menos de la monumental ocultación, se reflejaba en su palidez y en la forma en que evitaba mi mirada.

—No lo entiendo, Kurt —dijo finalmente, su voz quebrada—. Mi padre... él siempre ha sido tan... correcto. Tan lógico. ¿Por qué ocultar algo así? ¿Qué hay ahí abajo que sea tan terrible o tan importante como para borrarlo de la historia de nuestra propia casa?

Recordé una observación que me hizo Bob tiempo atrás, sobre cómo su padre, al ser interrumpido en su despacho, había escondido rápidamente un libro que estaba leyendo, un libro que Bob intuyó que le interesaría a pesar de no ser de botánica o apicultura, sus temas habituales. Aquel pequeño gesto, que en su momento pareció una simple anécdota sobre la privacidad de un adulto, ahora se teñía de un significado más oscuro. ¿Cuántos secretos más guardaba Robert tras su fachada de arquitecto respetable?

La luz blanca y cegadora del pasadizo, la curva que se perdía en una oscuridad impenetrable ... volvieron a mi mente. Los viejos planos no ofrecían más pistas sobre la extensión o el propósito original de ese "acceso", solo confirmaban su antigüedad.

—Primero espías y experimentos —dije, intentando romper la tensión con una referencia a mis propias tribulaciones iniciales, aunque el humor sonó forzado incluso para mis oídos—. Ahora esto. ¿Qué

sigue, un portal a otra dimensión en la panadería de Glassy Ladies?

Bob esbozó una media sonrisa, pero desapareció tan rápido como había llegado.

—No tiene gracia, Kurt. Esto... esto es diferente. Siento como si la casa entera estuviera construida sobre una mentira.

Comprendía su angustia. La carga de ese conocimiento era inmensa, y para él, el descubrimiento de la implicación de su padre lo convertía en algo visceralmente personal. Su relación con Robert, un hombre al que admiraba a pesar de sus peculiaridades, estaba ahora fracturada, quizás irreparablemente.

A pesar del miedo que se había instalado entre nosotros como un tercer ocupante en la habitación, la conclusión era inevitable. No podíamos dar marcha atrás. El conocimiento que poseíamos era demasiado grande, demasiado perturbador como para ignorarlo. Bob, aunque visiblemente afectado, mostraba una nueva determinación. La necesidad de entender las acciones de su padre, de descubrir la verdad sobre los cimientos de su hogar, parecía haberlo empujado más allá del umbral del simple temor.

—Tenemos que volver —dijo, su voz más firme ahora—. Tengo que saber qué es.

Recordé el consejo de Terry: "Necesitamos más datos, Kurt. Muchos más. Ese pasadizo... ¿hacia dónde se dirige exactamente?". También su

sugerencia de observar el jardín de Bob desde un punto elevado y discreto, buscando cualquier anomalía que pudiera indicar una salida o ventilación. La dinámica entre nosotros estaba cambiando. Si antes yo era el que, influenciado por Terry, tiraba de la cuerda de los misterios, ahora Bob, con el peso personal de este descubrimiento, parecía tomar la delantera en la urgencia de la investigación.

Volvimos a examinar los viejos planos. La "cota X" seguía siendo un enigma, un borrón frustrante. No había otras marcas sutiles que nos ofrecieran más pistas. La conversación derivó hacia la logística de una nueva incursión. El riesgo era considerablemente mayor. Si antes sospechábamos que nos observaban, ahora, tras la conversación oída y la figura en la calle, teníamos la certeza de que nuestras acciones habían activado alarmas.

—Tenemos que ser más cuidadosos que nunca —le dije, recordando los protocolos que Melvin y yo habíamos desarrollado para movernos sin ser detectados por los vecinos o por nuestra propia familia, esas tácticas de sigilo que ahora parecían un juego de niños en comparación con lo que enfrentábamos.

Discutimos qué herramientas podríamos necesitar. La linterna era básica, pero ¿y si el pasadizo era más largo de lo que imaginábamos? ¿Una cuerda, quizás? ¿Algo para marcar el camino y no perdernos en esa oscuridad que parecía devorarlo todo? Y el momento. ¿Cuándo sería más seguro? ¿Aprovechar alguna ausencia prolongada de sus padres? ¿O arriesgarnos a una incursión nocturna, a pesar de la posibilidad de ser descubiertos por "luces en el sótano"? Cada opción conllevaba sus propios peligros.

La cuestión de involucrar a Terry en este nuevo desarrollo surgió inevitablemente. Su conocimiento y su perspectiva serían invaluables, especialmente ahora que sabíamos que el pasadizo era antiguo. Podría tener teorías, o incluso información, sobre estructuras similares o leyendas locales.

—Terry podría saber algo sobre este tipo de "accesos" —sugerí, aunque con cautela.

Bob frunció el ceño. Su experiencia previa en casa de Terry, con aquellas fotografías macabras de animales muertos, le había dejado un mal sabor de boca.

—No sé, Kurt. Ese tipo me da escalofríos. Pero... —hizo una pausa, sopesando—. Tienes razón. Sus locuras podrían ser útiles ahora.

Decidimos que, antes de hablar con Terry, intentaríamos una exploración más, armados con este nuevo conocimiento. Queríamos tener algo más concreto que ofrecerle, más allá de nuestra angustia y los viejos planos. Quizás yo le actualizaría después, dependiendo de lo que encontráramos. La confianza era un bien escaso, y cada persona añadida al círculo aumentaba el riesgo exponencialmente.

Mientras Bob y yo trazábamos nuestro precario plan, no podía dejar de observarlo. La gravedad que había notado en él al llegar no era solo por el misterio en sí, sino por la sombra que este secreto arrojaba sobre su familia, sobre la figura de su padre. Era una carga pesada, una que yo, con mi propia familia abiertamente caótica y disfuncional, apenas podía imaginar. El "teatro

ilógico" que se representaba a diario en mi casa , esas discusiones y gritos que parecían una necesidad vital para sus miembros , eran, a su manera, transparentes. No había grandes secretos enterrados, o al menos eso creía yo; solo una convivencia ruidosa y a menudo exasperante. En cambio, la familia de Bob, esa que mi madre a veces tildaba de "liberales" con un deje de desdén , ocultaba bajo su fachada de normalidad y éxito arquitectónico un misterio mucho más profundo y perturbador. La ironía no se me escapaba.

Finalmente, llegamos a una decisión. No volveríamos al sótano esa misma noche. El riesgo era demasiado alto, y necesitábamos prepararnos mejor. El primer paso sería seguir el consejo de Terry: la observación.

—Mañana por la mañana —dijo Bob, con una resolución que contrastaba con el temblor que aún persistía en sus manos—, intentaremos ver algo desde tu desván. Los planos originales indican que el "acceso" estaba en la zona que da al jardín. Quizás, si el pasadizo sigue esa dirección, haya alguna señal externa, algo que tu padre no pudo ocultar del todo.

Asentí. Mi desván, el mismo desde el que a veces, en veranos pasados, había espiado a Stacy, su hermana, mientras leía en el jardín —una confesión que, por supuesto, me guardaría—, se convertiría ahora en nuestro puesto de observación. Era un plan modesto, quizás insuficiente, pero era un comienzo, una forma de actuar sin exponernos inmediatamente a los peligros del sótano.

Bob se marchó poco después, llevándose consigo el tubo de cartón como si fuera una reliquia cargada de una verdad demasiado pesada. Lo vi alejarse por

la calle, su silueta encorvada bajo el peso de los planos y de lo que representaban. Al cerrar la puerta, sentí con una certeza helada que se instaló en mis huesos que los engranajes del misterio de nuestro pueblo acababan de dar otra vuelta crucial, un nuevo chirrido metálico que resonaba en el silencio, arrastrándonos aún más hacia su desconocido y quizás peligroso mecanismo. El "Laberinto de Susurros y Sombras" ya no era una simple metáfora; se estaba convirtiendo en el mapa de nuestra realidad. Lo que Bob había descubierto no solo cambiaba nuestra percepción de su casa o de su padre, sino que amenazaba con reescribir la historia oculta del pueblo entero. La conversación con Terry había sido el preludio; la llegada de Bob con esos planos era el primer acto de una obra cuyo final se antojaba cada vez más incierto y amenazador. El peso de esos planos era, en verdad, el peso de un secreto que apenas comenzábamos a desenterrar.